

DAME
VALOR

Lenuta Hellen Nadolu

XOUM PUBLISHING

Sídney

Título original: Give Me Courage

Primera edición:

Copyright © Lenuta Hellen Nadolu, 2014

© de la traducción: Pedro Santamaría, 2017

ISBN: 978-1-925589-12-2 (print)

ISBN: 978-1-925589-13-9(digital)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diseño de cubierta: Stephen Bussutil y Xou Creative

Fotografía de portada: Tim Robinson.

Ilustración de cubierta: Roy Chen.

Autor de fotografía: Jodie McBride

*Dedico este libro a la mujer europea a la que vi
tendida en las alcantarillas del Mercado de Makola, Accra, en 1982*

*Nunca supe tu nombre
Pero podría haber sido yo
Cuando te vi sufriendo, mi dolor se convirtió en fuerza
Y mis lágrimas en valor.*

ÍNDICE

Biografía.

Dedicatoria.

Prólogo: El Monje

1 Mi roca

2 Mi palacio

3 Amor

4 Las hijas de Mama Draga

5 En Oltenia

6 Hijos preferidos

7 La otra mujer

8 Pascua

9 Cerdo

10 El colegio y el verano

11 Extraños

12 Dolor

13 Buena estudiante

14 El deber de una mujer

15 Sin hermano

16 Víctor

17 Un pájaro enjaulado

18 Consecuencias

19 Hablándole a mi corazón

20 Mis dos mundos

21 Volver a casa

22 Humillación

23 Elsie

- 24 Blanco y negro
- 25 Nuestra Boda
- 26 El terremoto
- 27 Abandonando Rumanía
- 28 Mi nuevo hogar
- 29 Papani
- 30 Familia
- 31 Conmoción
- 32 Un nuevo comienzo
- 33 William
- 34 La ruptura
- 35 Buscar un camino
- 36 Nancy
- 37 Preparando la huida
- 38 La promesa del cielo
- 39 Divorcio
- 40 Alex
- 41 Refugio
- 42 El médico juju
- 43 La mujer de la alcantarilla
- 44 Sola
- 45 Un hogar temporal
- 46 Pruebas
- 47 Ginebra
- 48 De vuelta en África
- 49 Navidades en soledad
- 50 Segundo divorcio
- 51 Mis muebles
- 52 Abandonar Ghana definitivamente
- 53 Un sueño deshecho

54 Josefina
55 Empieza por A
56 El visado australiano
57 Billeto de ida
58 La amabilidad de los extraños
59 Un nuevo país
60 Alma perdida
61 Dos Ángeles
62 Cristina
63 Thea
64 Llegan mis hijos
65 Viviendo juntos
66 Trabajo y recompensa
67 Reunión familiar
68 Adiós, Víctor
69 La vuelta a Ghana
70 Creer
71 El viernes santo de Mama
72 Culpa
73 Las bendiciones de la vida
Agradecimientos
Fotografías

Biografía

Una madre cariñosa, empresaria de éxito, superviviente, Lenuta Hellen Nadolu, o “Hellen”, a secas, como la conocen muchos, es el epítome de la mujer hecha a sí misma. Nacida y criada en los años cincuenta en la Europa comunista, pugnó por encontrar su lugar dentro de una familia infeliz, en una asfixiante sociedad patriarcal, en la que la vida de una mujer apenas tenía valor. Mientras crecía en Rumanía, Hellen sufrió muchas carencias, aunque nunca perdió la esperanza de acceder a una educación y de encontrar su lugar en el mundo.

Hellen se casó con un médico de renombre y sufrió aún más desprecio y prejuicios por haberse casado fuera de su raza y su cultura. Se mudó con él a Ghana. Pero el sueño de Hellen por vivir una vida feliz se truncó cuando comprobó que el mundo de su marido era igual de peligroso y asfixiante. Atrapada en África con tres hijos pequeños, Hellen supo que necesitaba tomar medidas drásticas para protegerse a sí misma y a su familia de los abusos emocionales y psicológicos a los que era sometida por su marido y por la tiránica familia de este.

Fue la primera mujer europea a la que se le concediera una petición de divorcio en Ghana. Hellen se llevó a sus hijos y volvió a Rumanía. Acto seguido hizo acopio de fe y valor y emigró a Australia en 1984 consiguiendo, al fin, una vida feliz para sí misma y para sus hijos. Hoy Hellen vive en Sídney, donde regenta un próspero negocio de cosméticos y se ve arropada por sus queridos hijos Elsie, William y Nancy, y sus nietos, Amira y Leila.

Las memorias de Hellen, “Dame Valor”, son una crónica de su viaje vital, de su negativa a abandonar sus sueños y a sí misma, de su negativa a convertirse en una víctima del terror cultural, de su negativa a ser tratada como un ser humano de segunda en una sociedad dominada por lo mas-

culino. Quiere servir de inspiración a las mujeres, y a aquellos que sufren discriminación racial, cultural y religiosa, para que protejan y alimenten su espíritu y puedan vivir sus vidas con gratitud y alegría. Además de sus escritos, Hellen suele reunirse con grupos y habla sobre sus experiencias y sobre las lecciones que ha aprendido. Recientemente fue ponente invitada en el evento benéfico organizado por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en apoyo de las mujeres y niñas de la República Democrática del Congo.

Prólogo

El Monje

Mi padre, conductor de camiones, se llama Gheorghe.

–¿Sabes, Lenuta? –me dice–, una vez recogí a un autoestopista en esta carretera que me habló acerca de un monje católico que vive en aquellas montañas de allí. –Señala por la ventana–. Es adivino. ¿Quieres que vayamos a verle? Me gustaría saber si irás a la universidad o no.

Mi padre cree que hay gente que puede predecir el futuro. Hace mucho tiempo una gitana le dijo que se casaría con una mujer pobre, y así fue.

El sendero que lleva a lo alto de la montaña donde vive el monje es estrecho y pedregoso, no está hecho para camiones. Cuando oyen el rugir del motor, la gente sale de sus casas y jardines para contemplar lo difícil que resulta nuestro ascenso. Ellos no utilizan más que caballos y carretas. Nos detenemos cada poco y les pedimos indicaciones.

Todo el mundo conoce al monje transilvano.

El rostro de mi padre es la viva imagen de la concentración. No habla. Me percaté de que está conquistando este sendero y compruebo lo excelente conductor que es. Por primera vez en mi vida me siento orgullosa de él.

Ascendemos durante mucho tiempo y, al fin, alcanzamos un edificio desvencijado en la cúspide de la montaña. Valles verdes y exuberantes se extienden a nuestros pies y el aire es puro y limpio. Siento que puedo alargar la mano y tocar el cielo que brilla de blanco perla y del más pálido azul.

La casa del monje es un montón de chatarra y tablones de madera remachados entre sí. Delante de la vivienda hay un joven apilando paja con una horqueta. No parece sorprendido al vernos aparcar el camión. Sin detenerse en su tarea, nos llama para preguntarnos qué queremos y le decimos que hemos venido a ver al monje.

El muchacho apoya el palo de la horqueta en el suelo y descansa los brazos sobre los dientes de esta. Me pregunto por qué no le hacen daño.

–¿Tenéis dos velas? –dice–. Os las puedo encender.

No sabíamos que necesitábamos velas.

Nos pide que le sigamos hacia la parte trasera de la casa y hasta un cobertizo cochambroso. En su interior hay gente sentada en un banco de madera, sujetan velas encendidas. Dudo, pero mi padre me aprieta la mano y entramos. El muchacho nos entrega sendas velas y nos pide que nos sentemos y esperemos. Me acomodo en el duro banco de madera y miro a mi alrededor, a los demás. Soy la única persona joven, tengo diecisiete.

Mi padre se vuelve hacia el hombre que tiene al lado.

–¿De dónde has venido?

–Brasov.

Brasov está muy lejos. Nosotros venimos de Bucarest, que también está a mucha distancia. Este monje es muy famoso.

–¿Has estado aquí antes?

–Muchas veces. Lo único que pide es una vela encendida. Los de la milicia solían arrestarle y acusarle de expoliar a la gente. Pero no consiguieron que prosperaran los cargos. Nunca pide dinero.

–Debemos ayudarle –dice una mujer al otro extremo del banco–. Le damos algo a cambio de lo que nos dice.

–Cuando estaba retenido en los calabozos, predecía el futuro a los de la milicia –sigue diciendo el hombre–. Eso les produjo tal espanto que dejaron de arrestarle. Ahora le dejan en paz aquí, en la cima de su montaña.

Después de un rato el muchacho vuelve a aparecer y nos pide que le sigamos. Entramos en una choza de una sola habitación que dispone, en el centro, de una basta mesa de madera tallada y de un lecho en la esquina. Un hábito negro cuelga de la pared. El lecho no es más que una caja de madera y el colchón es un saco grande relleno de paja.

El monje es alto, luce una barba larga y gris y viste una sotana raída. Su aspecto es diferente al de los monjes que he visto en el monasterio. A estos les envuelve un aura de lejanía que les separa de la gente común. Este parece no recibir órdenes de nadie. De no ser por la sotana nadie sabría que se trata de un monje.

–Gheorghe, siéntate.

Mi padre palidece. ¿Cómo sabe el monje su nombre?

Mi padre se sienta en la cama y, dado que es un hombre corpulento, su peso le hace hundirse en el colchón de paja y las piernas le cuelgan cual si estuviera sentado dentro de una gigantesca taza de té. Parece pequeño y asustado.

El monje le dice:

–Tienes tres hijos. Uno de ellos será afortunado en su matrimonio: tu hijo. –Me señala a mí–. Será ella la que más te decepcione. Hace una pausa y siento que el corazón me golpea el pecho. –Tienes dos casas sobre el mismo terreno, la vieja y la nueva. –Cierto: mi padre construyó otra casa al lado de la que usamos como vivienda–. Delante de la ventana de la nueva hay un cerezo. Morirá pronto. –Me observa con unos ojos que parecen ver en mi interior–. Tú, jovencita, vas a decepcionar a tus padres profundamente. Te casarás con un hombre que viste uniforme. Tu primer retoño será una

niña. Veo que es muy morena.

Si sabe lo del cerezo ¿también puede predecir lo que me ocurrirá a mí? No, seguro que no. Sé perfectamente cuál es el tipo de hombre de quien acabaré enamorándome. Mi propia piel es olivácea pero me atraen los chicos de ojos azules, o verdes, y de tez clara.

El monje no sabe lo que dice.

Se dirige a mi padre y dice:

–Entrará en la escuela a la que quiere ir, pero la dejará. En su trabajo vestirá de blanco. Estará sentada y trabajará con las manos para ganarse el pan de cada día. Será afortunada en el dinero. Eso no le faltará nunca. –Vuelve a mirarme y dice–: Viajarás lejos, atravesarás los mares. Antes de que cumplas los veintinueve te dejarán sola junto con muchos niños. Después viajarás aún más lejos, sobre las aguas, hacia el fin del mundo.

Con eso concluye. Qué absurdo, pienso. A mi padre le cuesta levantarse del colchón. Deja algo de dinero sobre la mesa, el monje sopla y apaga las velas y nos marchamos. Una vez fuera le damos las gracias al muchacho que sigue trinchando la paja.

Mientras descendemos el sendero de la montaña mi padre permanece en silencio. Está concentrado en el camino, tiene el rostro pálido. No quiere mirarme.

Las palabras del monje me retumban en la cabeza. ¿Cómo sería posible que decepcionara a mis padres? Siempre procuro ser buena, hacerles felices. Creo que algún día podré traer la felicidad a toda nuestra familia. Ahora, este monje al que no conozco me dice que acabaré decepcionándoles.

Nada de esto puede ser verdad. Es más, el cerezo parece a punto de florecer por muchas razones.

Más tarde ni mi padre ni yo volvemos a hablar sobre las palabras del monje. Ni siquiera se nos ocurriría decírselo a mi madre. Ella piensa que todo eso de adivinar el futuro es una sandez.

Después de la navidad, cuando la nieve se funde y empieza el nuevo año, observo el cerezo detenidamente. Estoy convencida de que los capullos surgirán como siempre. Cada mañana contemplo las hojas y busco las primeras señales de floración. No hago más que decirme a mí misma que el monje no sabe nada sobre nosotros.